



RESARCIMIENTO

LA FINA PIEL DEL TALIÓN
PRIMERA PARTE

Óscar Yuste

RESARCIMIENTO

LA FINA PIEL DEL TALIÓN PRIMERA PARTE



Primera edición: febrero 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Óscar Yuste

© Diseño de portada: Óscar Yuste y María Yuste López

ISBN: 979-13-88195-06-8

ISBN digital: 979-13-88195-07-5

Depósito legal: M-3464-2026

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi querida y amada esposa, por su paciencia,
consejos y sobre todo por creer en mí.*

Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo,
como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.

Pedro 5:8

21/829/5.025

—¿Amor? —refiere Sebastián, acercándose.

—Sí, ¿de qué te extrañas? Esto lo hago por amor.

—Bueno, creo esto está bastante alejado de ese sentimiento.

—Con el tiempo, lo irás entendiendo.

—El tiempo es un cabrón.

—Mi madre colocaba el amor y el tiempo como remedios para todo.

—Pero tú, querido amigo, estás utilizando el amor y el tiempo para cosas distintas.

—No te agobies, pronto lo entenderás.

ÍNDICE

VIRTUS BACO.....	17
ALMUERZO EN LOS REMEROS.....	53
TE ILUSIONAS, SE BURLA, TE FRACTURA.....	63
PENUMBRA.....	81
FRAGUANDO	103
RONDA EN EL NORTE.....	135
QUIEN TE MIRA	149
QUÍMICA.....	167
VIRTUS BACO.....	195
QUIEN SE ENTREGA	217
BARBACOA	227
LOS VALIENTES GUSTAN DE LA MUERTE.....	241
VUELTA A CASA	267
GUARDIA CIVIL.....	289
LA CARTA	301

Quien con monstruos lucha, cuide de convertirse a su vez en monstruo, pues cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti.

F. NIETZSCHE

VIRTUS BACO

Inconscientes del peligro, como *yonkis* enganchados al coraje, sin importar el tiempo ni las formas, ni tan siquiera el miedo. Se tumban a diario, en la broza mojada y fría, esperando lo más importante de su vulnerable y obstinada misión, una presa.

3 de marzo de 2000. Campos de Gaztelu, Guipúzcoa.
Seis de la mañana. Tres semanas rastreando fincas.

—Deja ya de moverte, mira —advierte Gonzalo, agarrando a su socio del brazo y señalando a varios perros—. ¿Ves aquel bodeguero?, pues es el mismo que vimos la semana pasada en otra finca, cerca de la frontera.

—No me acuerdo del perro, joder, no llego a acostumbrarme a esta mierda —susurra Sebastián mientras revisa su 38.

—Sí, es un coñazo, este frío nos va a matar antes que ellos —contesta Gonzalo.

—Pero fuiste tú quien eligió esta mierda de zona, tan lejos de la base. Por cierto, todos los bodegueros son iguales.

—Sí, pero este no tiene cola, te digo que es el mismo y aquí es donde se me perdieron los de Zarauz, y aquel coche tapado es azul, como el Ibiza.

—Ahora que lo dices, cuando yo estaba con ellos había un bodeguero, pero no me acuerdo cómo era —reseña Sebastián.

—Mira ese coche con los prismáticos.

—¿El que está tapado?

—Sí, la aleta de atrás.

—Eso parece. Por cierto, joder, no veas si te arriesgabas llegando hasta aquí.

—Sí, a veces tenía que adentrarme a estos carriles y me perdía siempre. Es una locura, porque tenía que pararme, ver el mapa, anotar los cruces, seguir y volver a pararme. No soy muy bueno orientándome. Pero no te equivoques, no es riesgo ni chorradas de esas, ya sabes.

—Bueno, cojones, sí, ¿no?

Gonzalo, con una expresión de mala leche, señala hacia la casa con su pistola, asentando y ratificando su rabia de por qué aguanta y no se queja nunca.

Sebastián, que está muerto de frío, de reojo interpreta en un segundo el gesto. Otra explicación más de un hombre que solo sabe hacer una cosa, la cual lo motiva a estar a cinco grados, tumbado en la hierba mojada, en medio de la nada, sin sentir ni quejarse, listo para lo que el destino proponga.

La casa que toca vigilar es antigua, bastante grande, con un porche delantero. Ubicada en una planicie que proporciona una parcela descomunal. Y a unos cien metros están ellos, agazapados, mirando con un ojo al porche y con otro a los alrededores, pues la incertidumbre y lo inhóspito del lugar se funden con el azar y lo auténtico que es jugársela de esa manera.

Gonzalo está literalmente fundido, la semana había sido bestial, por lo que se queda dormido, con una postura rara, mientras su socio lo observa con admiración y perplejidad, pensando: «¿Cómo puede quedarse dormido?».

Varios minutos después:

—Ahí se mueve algo —susurra Sebastián, interrumpiendo el regenerador sueño de su socio.

—Perdona, lo siento, me quedé seco. ¿Ese niño? —contesta Gonzalo sobresaltado al ver acercarse un chaval de unos veinte

años y el bodeguero—. ¿Serán ellos? demasiado joven —piensa Gonzalo. El joven se coloca al lado del perro, avanzando lentamente hacia la zona de vigía.

Sebastián agarra su 38, pero entre la postura, los nervios y la humedad, no acierta a sujetarlo bien.

—Armando, ¿qué pasa? —pregunta otro individuo desde la puerta de la casa, con voz de mando.

Momento en que Sebastián achica los ojos para enfocar y se percata de que lo reconoce, señalando a Gonzalo con el pulgar hacia arriba, repitiendo varias veces la palabra bingo.

—Ni idea, ahí parece que hay algo, cerca de la valla —contesta Armando.

—Voy a desplazarme unos metros hacia ese árbol. Si se acerca, mírame y le zumbamos a la vez —añade Gonzalo con gestos y en voz baja.

Sebastián lo mira de reojo, a sabiendas de que ese es el plan, pero el chaval se detiene.

—Son ellos, son ellos —repite una y otra vez Sebastián susurrando y levantando el pulgar.

«Por fin, su puta madre, por fin», se dice para adentro Gonzalo, cambiándole la cara, entrándole otro tipo de frío en el cuerpo, pues el momento más esperado había llegado; meses de investigación, de búsquedas de fincas sin resultados, de madrugones fríos y peligrosos, de seguimientos infructuosos, de pensamientos desmotivadores, hasta ahora.

Durante varios segundos, la tensión crece. El tal Armando sigue observando y mira hacia atrás, comentando:

—Ahí hay algo, pero el perro no se acerca.

Otro individuo con gorra se coloca paralelo al niñato, con la mano izquierda en el bolsillo de su chamarreta y avanzan unos metros.

—Ese lleva un arma, atento. Están lejos, pero a mí señal, vamos el cargador —refiere Gonzalo a la vez que piensa: «¿Otra vez?, me cago en su puta madre, no te acerques, por favor, Dios, quédate ahí».

Su dedo acaricia el gatillo, pero la empuñadura resbala e intenta controlar la respiración. En pocos segundos, se relaja y lo controla.

A Sebastián le ocurre lo mismo. Lo mira, a la vez que sujetá su 38 con las dos manos. Espera la señal, pero está tan excitado que Gonzalo lo nota, y le hace un gesto de negación con una media sonrisa. Sebastián se relaja al ver la seguridad de su amigo.

Los dos individuos siguen observando hacia donde están ellos, dudando si avanzar o no, comentando entre ellos que puede ser cualquier rata.

Comienza a lloviznar y los minutos pasan.

Los socios alternan miradas, esperando que algo suceda. Gonzalo, concentrado, apunta al torso del niñato, controlando el jadeo y la respiración.

—Si da un paso más, disparamos, tú al de la izquierda, ya sabes. Dos segundos antes, aguantas la respiración, aprietas y esperas el disparo —refiere Gonzalo.

Sebastián, un poco más seguro y relajado, pero con el corazón a 130, sujetá su arma de manera más fiable, pero con la duda de si la distancia es o no la apropiada para acertar. Fija la mirada en su objetivo, presionando suavemente el gatillo.

Los minutos pasan. La presión y tensión se rompen por otro individuo que sale de la casa llamando al orden.

—¿Qué coño hacéis? Vamos tarde, será una puta rata, vámonos —dice alzando la voz y observando el entorno con dudas, mientras los otros dos entran en la casa.

—Ese que está ahí es Haris, o Jariz o algo así; lo conozco —refiere Sebastián.

Gonzalo suspira y asiente, apartando despacio el índice del gatillo, «joder, menos mal».

Aunque su objetivo principal es cazar a uno de ellos vivo, más importante es no ser cazado.

El chaval entra en la casa, junto con otro, y salen con varias mochilas, marchándose tres en un Seat Ibiza, dirección sur.

—Hay que irse, ahí tienes tu coche —refiere Sebastián medio congelado.

Gonzalo, con gestos, le indica que espere, refriendo:

—Eran cuatro; por tanto, queda uno ahí dentro. Voy por la derecha, espera que te avise.

—Hostia, es verdad, vamos.

Momento en el que el cuarto hombre sale y se dirige a otro coche.

—Ya lo tenemos, vámonos —advierte Gonzalo de forma contundente.

Salen del puesto de vigilancia, arrastrándose hacia atrás. Sebastián se resbala en varias ocasiones debido al barro, pero se levanta con contundencia, siguiendo a Gonzalo. El coche está a unos 300 metros, dirección norte. Corren con mucha prudencia debido al barro.

—Su puta madre, lo que faltaba —expresa Gonzalo enfadado por el apriete de la lluvia, añadiendo—: Tenemos que colocarnos en el cruce, ya sabes el plan.

Conducen un kilómetro por la única salida viable, repasando el plan y cruzando el coche con el capó abierto.

Gonzalo se esconde detrás de una encina enorme pegada al carril, de rodillas, calentando las manos y limpiándose el rostro.

—Si no para, lo dejas que se vaya. Si para, le entramos a saco, ¿entendido? Te repito, Sebastián, mírame, si no para, déjalo que se vaya a tomar por culo. ¿Estás bien?

—Sí, solo es un corte, tranquilo. ¿Tú no te disfrazas? —señala Sebastián, mirándose el corte que sufrió al salir de la finca.

—¿Yo?, cuando pare ese mierda, ya no hay vuelta atrás, pero a tí te puede reconocer y largarse.

Sebastián asiente muy rápido, colocándose los atuendos de la bolsa, una boina y gafas no graduadas, y cavilando: «Joder, me cago en la puta, esto es real, puto frío de mierda».

En pocos minutos, aparece el coche, que frena de golpe debido al obstáculo.

Sebastián lo mira excitado y levanta la mano a modo de ayuda. El conductor, que no se fía, mira alrededor y echa la mano a la guantera; gesto que ve Gonzalo e interviene rapidísimo, apareciendo por su derecha, disparando dos veces a la rueda delantera y entrando por la parte del copiloto y una vez dentro vuelve a disparar varias veces al cuadro.

Del susto, Sebastián se pone nervioso y arroja las gafas al barro.

Su excitación es tan alta que los dientes le chirrían y las manos le tiemblan del frío, pero su determinación hace que se reponga.

Mientras, Gonzalo se coloca de rodillas en el asiento y le propina un codazo muy fuerte en la sien, dejando aturdido al etarra. Lo agarra del cuello, para después tirar con mucha fuerza y dominarlo, mientras con la otra mano abre la guantera y arroja una pistola por la ventana.

El conductor comienza a sangrar por la ceja derecha. Algo mareado, suplica que bajen las armas.

—¡Cállate, puto desgraciado, saca las manos, sácalas por la ventana! —le ordena Gonzalo con una voz poderosa, apretando el cañón en el estómago y sabiendo que está a un segundo de que todo se vaya a la mierda, a la vez que grita a su socio.

—¡Hostia puta, no dispare!, tranquilo —lamenta el etarra, sacando las manos hacia el lado de Sebastián, esperando el amarre.

Pero el logroñés, con las prisas, rompe la ventana con el cañón del arma, disparando sin querer al interior del vehículo, impactando en el chasis de la puerta del copiloto.

Gonzalo se ha pegado un susto atroz al ver cómo esa bala pasaba junto a su cabeza, y observa cómo su socio no encuentra las bridas, por lo que aprieta con fuerzas el cuello al conductor para que no reaccione y advierte a Sebastián:

—Al coche, vete al coche, coge varias y estate tranquilo, ya es nuestro —a la vez que ordena al retenido—: Muévete y te mato, las manos fuera.

Sebastián se apura, resbala de nuevo y vuelve, atándolo muy fuerte. Gonzalo ordena al retenido que salga despacio por la ven-

tana, siguiéndolo, sin soltarlo. Una vez fuera, lo derriba cayendo encima. Su socio, al ver la situación medio controlada, se tranquiliza y le ata los tobillos. Pero algo no va bien.

Los segundos pasan, Gonzalo empuja la cabeza del retenido contra el barro, a la vez que aprieta el 9 contra la cabeza. Su cara es pura maldad, transformado en lo que más odiaba, dejándose llevar por la malicia, pues ahora es perverso y solo desea una cosa.

Sebastian lo observa y aunque en el fondo lo apoya, debe reaccionar, antes que cometa un error grave.

Con gesto de rabia, Gonzalo desea abatirlo, negando y suspendiendo varias veces y aumentando la presión del índice. Ahora no es persona ni hijo ni hermano ni amigo. Es demonio, es muerte.

Sebastián coge fuerzas y reacciona, poniéndole una mano en el hombro.

—Socio, ya está, déjalo, tenemos que irnos.

Este gira la cabeza, con la mirada perdida y con lágrimas en los ojos, mas otra cosa no importa en ese instante, ni siquiera que lo descubran. No siente nada, solo desea matar a ese chaval.

El retenido intenta respirar, pero tiene la cara hundida en el barro, por lo que levanta la cabeza a modo de coger aire, pero Gonzalo se la hunde cada vez más.

Sebastián insiste, colocándose enfrente.

—Amigo mío, mírame, ya lo tenemos, este es el plan, larguémonos.

Gonzalo golpea varias veces con el cañón en la cabeza, hundiéndosela en el barro. Dejando a su víctima sin aliento y casi desmayada. Y aprovecha para sujetar con las dos manos el 9 para detonarlo.

Sebastián se percata y se pone de rodillas frente a él añadiendo:

—Míralo, está dominado, está como queríamos, debemos irnos. —El malagueño no reacciona y va a disparar, su socio insiste—: Vivo nos dirá quién mató a tus padres, déjamelo a mí.

Gonzalo, con un tic nervioso en la cara y el corazón a mil, ni pestañeaba, la presión de su dedo aumenta. Su socio se le acerca aún más y concluye:

—Venga, dispárale, reviéntalo, si es lo que deseas, hazlo, yo te apoyaré siempre. Dispara.

Este lo mira durante varios segundos y desvía el arma dos centímetros, a la vez que el chaval aparta la cabeza otro centímetro, disparando varias veces al barro, gritando:

—Hijos de puta, cabrones, malnacidos, cabrones desgraciados.

Durante varios segundos, el silencio es aterrador, solo roto por la respiración de Gonzalo con el cañón pegado a la oreja del chaval.

—Ya está, déjalo —insiste Sebastián tocándole el hombro.

—No, no está ya —responde un hombre abatido e ido por momentos de ira e intentando volver a la cordura.

Le suelta otro golpe al retenido, levantándose de manera brusca, e informa a su amigo que recoja la pistola que arrojó, mientras él lo cachea y registra el coche, encontrando unas hojas sueltas con anotaciones y un sobre con dinero en el coche, quedándose prisionero por un momento de lo que ha estado a punto de hacer y pensando: «Ese no es el camino, joder, contrólate».

Al prisionero lo inmovilizan uniendo pies y manos con una cuerda, tapándole la boca con cinta americana, y lo meten en el maletero, amarrándolo a unas sujetaciones para que no dé patadas.

—¡No encuentro las gafas, no las encuentro! —exclama Sebastián, desesperado.

—Vámonos, olvídalas, hay que largarse. —Señala Gonzalo, con el maletero abierto, mientras el detenido observa a Sebastián arrancar el Nissan Almera.

Sebastián, que aún temblaba:

—No me jodas, aún no doy crédito de esto, espera que coja aire. He estado a punto de cagarla.

—Yo también, sígueme y lo dejamos a las afueras. Rápido, vámonos, yo las busco —le contesta Gonzalo, más entero que su socio, pero aún con ese pensamiento de rabia.

—¿Y los casquillos? —exclama Sebastián.

—Olvídate, está controlado —expresa Gonzalo a sabiendas de

que no es así—. Vámonos de esta mierda, después hablamos de esto.

Con estrés y cavilando en los fallos, ambos conducen los vehículos varios kilómetros. Abandonando el Nissan en una finca despoblada, rápido se traslada al coche de Gonzalo.

Gonzalo, con la mirada perdida, jadeando como hubiese subido mil escalones sin parar, mira a su amigo y sonríe de la pinta que lleva. Asentando, Sebastián suspira varias veces, negando con los ojos cerrados, pero no sonríe, solo niega y se intenta limpiar la cara.

Pues la sombría incertidumbre de la duda había desaparecido, asomando un pequeño resquicio de optimismo de cara a su primer objetivo, y más importante, coger a uno de ellos, saliendo ilesos.

Circulan 20 kilómetros en silencio, digiriendo lo sucedido. Sebastián, con los ojos cerrados, piensa en su familia. Su socio lo mira de vez en cuando sintiendo esa empatía complicada de asumir, pero sintiéndola.

—Tranquilo, esto que hemos hecho es muy complicado. No somos soldados ni policías ni mercenarios; somos lo que somos y ha salido mejor de lo que yo esperaba. Aunque hemos tenido mucha suerte y yo, bueno, solo quería, en fin. ¿Estás bien? —añade Gonzalo.

—Sí, por salir ilesos y no por eso. Mira allí —responde Sebastián advirtiendo del control de Guardia Civil.

—Me cago en la puta, y mira cómo vamos de mierda —refiere Gonzalo señalando el barro de sus vestimentas—. Lo sabía, esta ruta no es segura. Actúa con normalidad, déjame hablar a mí, tú habla si te preguntan, dame los papeles esos y ponlos aquí, mete tu arma debajo del asiento y, si abren el maletero, nos entregamos y punto.

—¿Nos entregamos?

A varios segundos de detener el coche, Gonzalo le dice a Sebastián:

—Si nos dice de abrir atrás, nos entregamos sin más.

—Hola, buenos días, paren el coche y entréguenme las llaves —ordena el guardia, colocándolas en el techo y añadiendo—: Documentación del vehículo y los DNI.

—Buenos días. Aquí tiene, señor. Vamos a currar al polígono, somos de la construcción —señala Gonzalo, mirando de reojo a su socio, que iba embarrado hasta las orejas.

Mientras el guardia civil comprueba la documentación, agrega:

—¿Qué les ha ocurrido?

—¿Esto?, que soy subnormal. Venimos de revisar una obra y me he caído en una zanja de cimentación, y él intentó sacarme —expresa Sebastián.

El guardia lo mira con cara de circunstancia:

—¿Se ha hecho daño?

—No, solo algo en el brazo al caer, pero estoy bien —responde señalando el corte.

—Ahora tendrás que cambiarte, que donde vamos está el jefe —interrumpe Gonzalo hábilmente.

—Por supuesto, hay que pasar por las taquillas y buscar algo de ropa.

El guardia, acostumbrado a cientos de cuentos chinos, está siendo convencido por unos mentirosos con mucho que perder, y añade:

—Albañiles no sois, eso seguro. —Y en su pensamiento: «Ni vascos».

Gonzalo contesta en medio segundo, antes de que el guardia cavile más de la cuenta.

—Somos peritos. Venimos de un campo en el que están haciendo excavaciones y ahora vamos a visitar una obra en el polígono —mientras está soltando otra trola, medita y reza: «Dios, que no me pregunte por la dirección de la obra», repetidas veces en su cabeza.

Sebastián asiente todo lo que su socio está liberando de su boca, mirando hacia atrás, mientras el guardia revisa los papeles, sabiendo que están a un segundo de que todo se vaya a la mierda, pero Gonzalo le guiña para tranquilizarlo.

—¿Y esa matrícula?

Gonzalo se queda varios segundos pillado, pero reacciona:

—Ah, vale, sí, es que no lo entendía. Lo compré en Málaga casi regalado, ya sabe usted.

En ese momento, se acerca un cabo primero.

—Compañero, ¿todo bien? —Saludando a los socios.

—Sí, cabo, todo está correcto, son currantes. Podéis continuar, gracias.

—No, gracias a vosotros, que tengáis buen servicio.

Mientras se van, el cabo le hace varias preguntas a su compañero; entre ellas, se interesa por el nombre del propietario del vehículo y su procedencia.

—¿Un malagueño en La Rioja con un coche de Bilbao y perito?

—Sí. ¿Qué ve usted raro?, un currante buscándose la vida, como nosotros, que no queremos estar aquí y estamos.

El cabo asiente y le replica:

—A mil kilómetros de su tierra con un coche de Bilbao. Sí, claro, es lo típico que se encuentra aquí, aunque no es lo que buscamos.

Al guardia le entró un recelo enorme, su experiencia decía que ante la más mínima duda había que registrar y cachear, pero a la vez asumía lo referido por su cabo: no eran vascos ni de alrededores, requisito mínimo para actuar.

Continúan la marcha, escuchando sus propios latidos; el pánico durante esos minutos era tremendo. Sebastián, con las manos en la cabeza, comienza a tener ansiedad. Gonzalo empieza a encontrarse mal, y para más adelante en la siguiente salida.

Sale con torpeza del vehículo y vomita. Su socio lo ayuda en lo que puede, dándole algo de agua, y exclama:

—Dios, por un momento, cuando ha preguntado por la matrícula, creía que todo se iba a la mierda. Si llegan a registrar el coche, estamos muertos.

Gonzalo sigue vomitando y su socio lo observaba algo asustado.

—¿Puedes continuar? ¿Conduzco yo?

—No, tranquilo, no es la primera vez que me pasa.

—Menos mal, ha faltado que nos pidiese abrir el maletero, hubiese sido el final.

—¿Final? ¿Qué cojones dices? Ya te lo dije, estos son de los buenos y tendríamos algunos problemas, solo eso. Pero el día que ocurra, antes de que nos pillen, nos entregamos sin pelear y punto, sin vacilaciones. Tráeme agua, por favor —echándosela por el rostro, continúa—: Ya buscaremos la forma de defendernos, lo tengo más que asumido, por eso te he dicho que yo hablaré en estas situaciones, pero, joder, cuando empiezan a preguntar y preguntar, y otra pregunta, al final te pillan, y esas frases de «salgan del vehículo» o «abre el maletero» son las que me esperaba, te lo juro, sonaban en mi cabeza a la vez que rezaba. —Vuelve a vomitar.

—Pero ¿asumes también la cárcel? —agrega su socio.

—¿En serio me preguntas eso? Ya lo hemos hablado mil veces: por supuesto. Decimos que nos debe dinero y punto. Nunca diríamos por qué estamos aquí —Gonzalo se levanta con dificultad, mirando a su amigo. Mientras se limpia, le sigue insistiendo—: Ya te conté las tres opciones: que nos maten, que nos coja la Policía o que todo acabe bien para nosotros. No existe una cuarta. Así que asúmelo cuanto antes. Pero esto es una cagada: llevar un tío en el maletero y cruzar la puta ciudad.

—Entiendo, solo espero que sea la última de todas las posibilidades que has nombrado, aunque nos pueden coger los terroristas.

—No, de eso nada —moviendo la cabeza muy contundente—, esa opción entra en la primera, que nos maten. ¿Qué crees que harán con nosotros si nos trincan?, nos darán la del pulpo y después el trito en la nuca. Créeme, amigo, si llegase el caso, llévate por delante a unos cuantos y después a tomar por culo, pero no te dejes coger nunca. Tú ya los conoces. Otra cosa es la Policía, contra ellos no pienso pelear nunca. Si me acorralan y me cogen, me entregaré, no pienso poner en peligro a ninguno de ellos.

—Pero ¿y si la situación se pone fea y la Guardia Civil nos dispara?

—Yo no voy a disparar a ningún policía, olvídate de eso. Nos entregamos, pero, si no es posible, pues ahí se acaba todo. Pero de ahí a enfrentarnos a ellos, no rotundo. No son el enemigo, ni lo serán nunca, no podría perdonarme matar a uno de ellos, olvídate.

Antes de continuar explicándole a su socio, revisa el malero y aprieta las cuerdas.

—Lo que sucede es que nos pueden confundir con ETA u otros y no nos dé tiempo a reaccionar o explicarles quiénes somos, pues nos mandarán a criar malva y se acabó todo. Al menos no será ETA quien nos mate.

Esas palabras suenan tan fuertes que Sebastián pone cara de tristeza y miedo, a la vez que de asombro, por cómo su socio lo tiene tan asumido.

—Te entiendo, pero aún me cuesta asumir un final trágico sin llegar al objetivo. Sé que esto es arriesgado y que podemos, ya sabes.

—¿Morir?, a mí también me pasaba, pero en Málaga preparé bien mi mente para que estuviese por encima de mis sentimientos y mis miedos. Cuesta admitir que en una de estas nos mandan al otro barrio —medio sonríe—, aunque tengo la sensación de que nos va a ir bien, al menos con este. Ahora hay que aprovechar lo que sabe y sacárselo, como sea.

—Sí, pero hubiese sido ridículo que, después de tanto trabajo de vigilancia y estrés, todo se vaya a la mierda en un control de estos —agrega Sebastián bajándose del coche al principio de la calle.

—Sí, por supuesto, ha sido una cagada y yo he estado a punto de cargármelo en el carril. Después revisamos eso y los fallos. Avísame cuando no haya moros en la costa.

Con el portón abierto y con un tercio del coche dentro, desata al secuestrado del amarre al maletero y lo sujet a las piernas, tirando de él con dificultad, debido al tamaño del mismo, para arrojarlo al suelo como si fuera un saco de escombros.

Sebastián se acerca rápido para aparcar el coche.

Una vez dentro, el equipo de música se conecta de manera automática a la vez que le da al interruptor de la luz.

—¿Quito la música?

Gonzalo mira al retenido de reojo y jadeando dice:

—Bueno, ahora que lo pienso, sí existe una cuarta opción, se me acaba de ocurrir, que uno de los dos palme antes.

—Joder, ¿seguirías con esto? —contesta su socio acercándose al equipo de música.

—Pregúntatelo tú, amigo, tienes familia. Llegado el caso, tendrías que largarte, porque de alguna manera te relacionarían conmigo. De esto tenemos que hablar, pero ahora sube la música, que suena mejor que los gritos de este héroe.

—Una cosa antes de empezar: hay que vaciar uno de los locales para poder meter el coche, este sistema es malo —observa Sebastián.

—Sí, este local es pequeño, ya pensé eso cuando lo alquilé —contesta Gonzalo mientras observa una botella de vino, señalándola—: Échame uno.

—¿Vino ahora?

Vino para apagar la poca sed que le quede de bondad y música para estresar el ambiente. Ambos se unen para demonizar al hijo de Antonio e Isabel, sacarlo de sus casillas, transformarlo en una bestia salvaje, en un desperdicio, en un maldito demonio.

De un trago se bebe el primero, respira profundo y mira al etarra. Este lo observa con dudas. Levanta una ceja y de otro trago se bebe el segundo, moviendo el cuello y brazos.

El retenido, con la parte derecha de la cara llena de sangre y barro, observa a su alrededor e intenta soltarse en vano, balbuceando palabras en euskera.

—Te veo venir, pobre diablo. ¿Qué quieres que haga ahora? —comenta Sebastián, que está detrás del amarrado.

—Suéltalo y lléname otra vez, deja el vaso en la mesa y estate atento, pero apártate —expresa Gonzalo mientras se coloca unos guantes militares.